

Foro dominical

Constantino Láscaris

Constantino Láscaris, nacido en Zaragoza en 1924, alumno de los jesuitas en la secundaria, formado en la carrera de filosofía en su ciudad natal, en Madrid y en París, llegó a ser en Costa Rica el intelectual más influyente de todos los tiempos. De extraordinaria inteligencia, generosidad casi excesiva y voluntad aragonesa, su formación clásica— en su "Primer testamento" se declara "gréculo"—, su ilustración y liberalismo de estilo francés, su actitud socrática frente al prójimo, son todos elementos que habían de garantizar la profundidad de su impronta, la extensión de su presencia, no sólo en la universidad, sino a través de la radio, de la prensa y de la televisión, en el país entero.

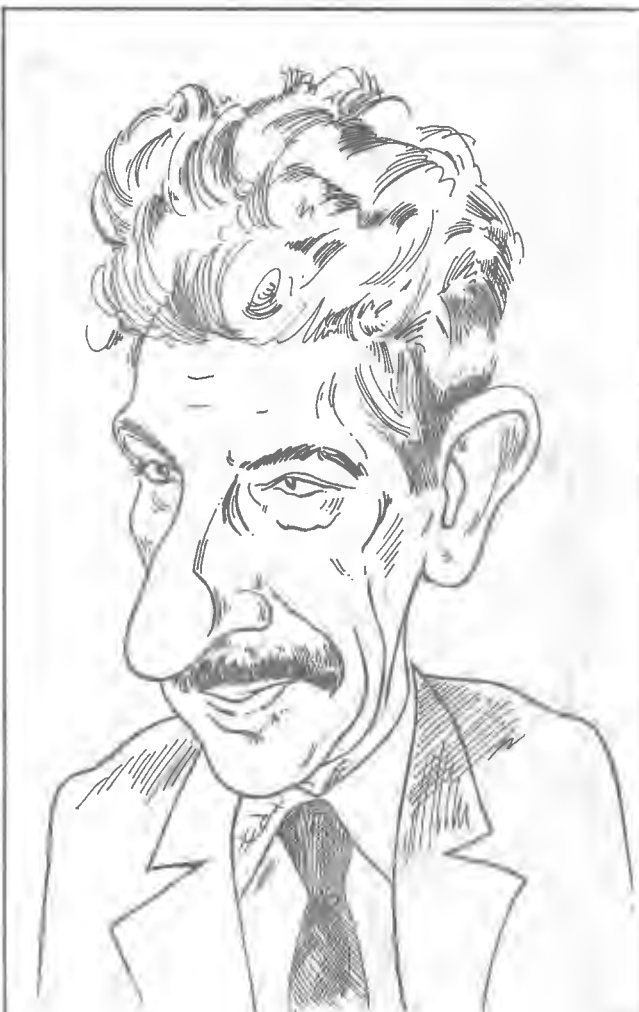


ROBERTO MURILLO

Poco sabemos aquí de la etapa española de la vida de Láscaris. Quizá lo más importante fue su pertenencia al círculo de los "socráticos", que pasaron de Zaragoza a Madrid, recomendados por Eugenio Frutos Cortés al padre Mindán, pero poco recomendables para el conservatismo filosófico y político de la época franquista. Gustavo Bueno (Oviedo) y Fernando Montero Moliner, el estudioso de Parménides y de Kant (Valencia), fueron sus compañeros de rebeldía en rutas divergentes. El profesor Miguel Guzmán es casi la única persona a la que he oído hablar del desarrollo de Láscaris en la Península.

Los estudios en París, después de la Segunda Guerra, coinciden con el auge del movimiento existencialista: Láscaris lo toma por el lado serio, profundiza en la ontología de Heidegger y de Sartre, encarna hasta la obsesión la voluntad de autenticidad de la existencia. Hay que reiterar el constante regreso de Constantino a las fuentes permanentes del filosofar, a las "calzadas reales" de que hablaba Antonio Machado, que tantos abandonan para seguir, más que las sendas perdidas, los triviales callejones. Así, no por haber vivido y haber muerto como existencialista, dejó Láscaris de explorar, como historiador pensante, el esencialismo eleático o el cogito cartesiano, o de legarnos su traducción del Poema de Parménides o la del Discurso del Método. No debemos permitir que se difunda una imagen de Láscaris como periodista, como ideólogo liberal, como pescador aficionado o como cultor de la belleza femenina, sin referencia esencial al núcleo exigentemente filosófico de su vida. Por algo escribió: "elegí como forma de vida el pensamiento".

Afortunadamente para quienes ingresamos en la Universidad de Costa Rica en los últimos cincuenta o primeros sesenta, Rodrigo Facio era un rector con ideas y con la voluntad de ponerlas en práctica. Una de sus más felices obras fue su viaje a Europa, en compañía del Presidente Figueres, para buscar los profesores excelentes que habían de dirigir las cátedras de los estudios generales en vías de creación. Y el mejor de los resultados de aquella acción, fue la venida sin retorno de Constantino Láscaris como director de la de filosofía. De 32 años al llegar al país en 1956, Láscaris pasó, así lo contaba después, de ser un joven asistente en Europa a ejercer aquí un magisterio de sabiduría digno de un profesor de doble edad que la suya. Tenía, al decir de su colega y amigo Teodoro Olarte, apenas el indispensable volumen físico para no ser declarado ente metafísico. Amigo del diálogo amistoso hasta muy entrada la noche, se levantaba tarde y prefería el café de la universidad a la oficina, lo que entonces como ahora no agradaba a la burocracia miope. Su obra efectiva de aquellos años no tiene precio: el país entero escuchaba sus conferencias semanales transmitidas por la radio Universidad, los alumnos las oían de viva voz y las leían impresas, visitaba los cantones (recordemos el grupo filosófico de sus amigos turrialbeños, ya en los sesenta), impartía seminarios sobre Platón y Aristóteles a los profesores asociados, echaba las bases de lo que hoy es Escuela, Asociación y Revista de Filosofía. Se prodigaba y a veces parecía que, contra el mandamiento, amaba a su prójimo más que a sí mismo.



Roberto Murillo, Alberto Cañas, Guido Fernández y Antonio Pacheco recuerdan hoy, a diez años de su muerte, a Constantino Láscaris, por sobre todas las cosas un gran pensador de su época. Cada uno reflexiona sobre el respetado profesor universitario, quien falleció el 5 de julio de 1979. Fernández lo hace desde la perspectiva de ex colaborador de la Página 15, como se conoce a esta sección, para la que escribió con gran asiduidad y siempre en un tono franco, llano e ingenioso; Cañas, como su compañero de tertulias; Pacheco, como su ex alumno, y Murillo, como filósofo.

En algún momento pensamos que Constantino había dejado la filosofía por la historia del pensamiento. Con fina ironía alegaba, socráticamente, que su función no era dar a luz la verdad, sino inducir mayéuticamente a otros a hacerlo. Pero aunque es una tarea en extremo difícil, aún no realizada, la de diseñar su visión de la realidad a partir de los hitos que dejó publicados o inéditos, hay algo que desde ya se puede destacar como su constante filosófica y personal: su indeclinable fidelidad a una palabra de Anaximandro parafraseada en sus lecciones y en sus escritos: "la vida es meditación y la libertad que de ésta se deriva". Nunca fue para Láscaris la razón argumento contra la

libertad ni ésta refutación de aquélla. En lo demás, fue sorprendente y paradójico, declarándose, declarándose a veces platónico y, hacia el final de su vida (murió a los 55 años, hace una década), materialista "craso" (no dialéctico). Cuando relajo un momento la atención, tengo el sentimiento de que Constantino vive todavía y me parece escuchar su voz, clara y cordial, persuadiéndonos de la perfecta coherencia entre la intuición del ser, la libertad del yo pensante y la importancia del desarrollo tecnológico, como en la conocida metáfora cartesiana del árbol del conocimiento.

Poco después de su llegada a Costa Rica, quiso Láscaris enterarse dignamente de su hábitat y emprendió la investigación del desarrollo de las ideas en el país, sin que nadie le diera aquí grandes esperanzas al respecto. Un tiempo después, hizo otro tanto con las ideas en Centroamérica. De allí resultaron dos obras fundamentales, reveladoras de su penetración y generosidad frente a lo nuestro. La gran cultura de Láscaris, su extraordinario sentido histórico, su simpatía por el liberalismo de corte francés y su respeto por la ontología como núcleo del filosofar, (aunque no llegó a publicar él nunca lo que habría sido su metafísica o su ética), transparecen en estas obras de historia del pensamiento, como también en sus Estudios de filosofía moderna, publicados en El Salvador. De un optimismo ilimitado en relación con Costa Rica, vio el peligro mayor, que hoy no ha hecho más que conformarse, asechando a la patria: el de la pérdida de las raíces. En 1975 escribió: "Costa Rica se enfrentará en los próximos decenios (que ya han comenzado) con la tarea de convertirse de Estado pequeño en Estado de exigencias grandes, por el crecimiento de la población y por la necesidad de industrializarse. Y entonces corre un peligro, el de dejar de ser-se, perdiendo su idiosincrasia en un internacionalismo irreflexivo. Entre el extremo, por ejemplo, de los mexicanos, de pretender inventarse una pretérita mexicanidad anti-malinchista, al de no conocerse en el pasado, puede haber términos medios moderados". (Desarrollo de las ideas en Costa Rica, ECR, 1975, p.18). Propone la edición de las obras completas de los pensadores costarricenses, que aun hoy espera un editor inteligente.

Decía Láscaris que, al cruzar al Atlántico hacia el oeste, un hombre siente que se ha hecho más viejo y, en política, más izquierdista: así lo ven sus nuevos prójimos americanos. De esta manera Constantino fue, en Costa Rica, un viejo liberal de izquierda, al menos hasta el final de los sesenta y mientras intentó, con su maestro Jean-Paul Sartre, pasar a pie enjuto del existencialismo a cierto marxismo libertario (el de los "marxianos"). Pero Láscaris sabía bien que el marxismo es un peligroso descendiente de la ilustración y que la dictadura de partido puede desembocar en el oscurantismo y en la inhumanidad. Por ello, por haber visto en nuestras universidades amagos poco felices de intransigencia institucionalizada (recuérdese lo de la "universidad necesaria", en Heredia), dedicó Láscaris sus últimos años a la defensa de la libertad individual, comenzando por la más radical, la de pensamiento. Pero siempre acentuó la diferencia entre su liberalismo estatista de orientación francesa y el neoliberalismo de los manchesterianos: el suyo fue, en todo caso, un ideario humanista vinculado con la paideia griega.

Como madrileño y un poco parisino, como socrático, Láscaris era un hombre de ciudad y de tertulia. No pudiendo tomar vino en los trópicos, no dejaba la taza de café ni los cigarrillos sin filtro (ticos). Pero a partir de sus cuarenta y cinco años se dio cuenta de la enorme riqueza pagana de la naturaleza en Costa Rica. Para seguir los pasos de Platón en el Sofista, se hizo pescador con caña, sintiendo en la pesca algo parecido al asedio de los arduos problemas filosóficos, como el de esta nada radical de la que fue haciéndose riesgoso amante. Disfrutó con voluptuosidad de las delicias de la playa Santa Elena, de Cahuita, de las islas del Lago de Nicaragua. Cantó al eros tropical en un poemario suyo poco conocido, De Salomón a Demostenes Smith. A una sociedad de nuevos ricos, pagados de naderías, pareció a veces cínico, pues decía que a él no le importaban para nada los ricos, ni él a ellos. El se sentía epicúreo. A nosotros nos parecía estoico. Hoy, ya lejano el doloroso trauma de su muerte, evocamos en él su pensamiento penetrante, siempre dialógico, su libertad contagiosa y, en la tradición homérica, su sonrisa que, al decir de Enrique Macaya, no sabíamos si era la de la antigua Grecia o la sonrisa de Voltaire.

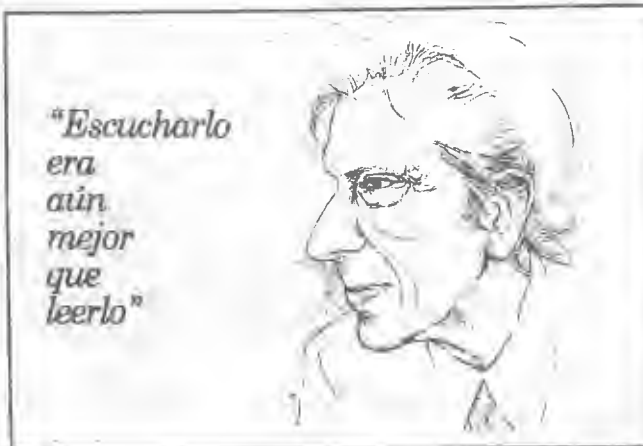
Láscaris dejó posteridad

Lanzo la imaginación hacia el siglo anterior, y concluyo que equivalente habrá sido la presencia de Fernández Ferraz. Todavía cuando yo era niño, el nombre de don Valeriano se lo encontraba uno en todas partes, y eran constantes las citas que de su nombre escuchábamos en la escuela. Mario Sancho, cuyo centenario hemos conmemorado en estos días, en un estupendo ensayo fijó al Doctor Ferraz, y allí dejó dicho lo que este hombre y su hermano Juan significaron para el desarrollo espiritual de Costa Rica. A su debido tiempo, otro Mario Sancho esclarecerá el aporte (que ya sabemos enorme) de Constantino Láscaris y su papel en la Costa Rica que nos ha tocado vivir.

Cuando la Universidad recién reformada comenzó a importar catedráticos españoles, el pequeño pero intenso mundo académico se conmovió, y cada uno de ellos iba siendo objeto de mayor admiración que el anterior. No sé decir si Láscaris vino entre los primeros o entre los últimos. Pero confor



ALBERTO CANAS



"Escucharlo era aún mejor que leerlo"

me los otros se fueron ausentando, Láscaris se fue asentando. Y fue el que finalmente se quedó aquí.

Es que había pasado a ser parte del paisaje costarricense. Y con un tiempo más, del patrimonio nacional. Los estudios

filosóficos fueron aquí, a partir de Constantino Láscaris, otra cosa. Y la vida cultural de Costa Rica también. En todo sentido. Mientras vivió, ninguna actividad noble o alta, ninguna aspiración intelectual o espiritual funcionó si él no estaba presente, o inspirándola, o en algún punto de referencia.

Se quedó aquí. El clima que encontró en Costa Rica le pareció mejor que el de la España que dejó atrás. Pero no se quedó aquí para disfrutar de ese clima (o del clima geográfico) sino para construir, para investigar, para pensar, para participar intensamente. Enseñó, investigó, escribió, publicó, pescó, opinó por la prensa y más tarde tenía unos minutos diarios en televisión que no había manera de perderlos. En consecuencia, dejó posteridad.

Era uno de esos hombres a quienes uno lee con deleite pero escucha con deleite mayor. Como de Oscar Wilde y aquí de José Marín Cañas, de Constantino Láscaris puede decirse que escucharlo era aún mejor que leerlo.

Nos falta hacer diez años. Murió repentinamente. Dejó una huella visible y todavía inculcable. Sus libros están allí, como demostración. Sus amigos, para dar testimonio. Dentro de cien años se le mencionará con reverencia. Por ahora, la reverencia está teñida de afecto. Y el afecto estará presente mientras viva uno solo de los que lo conocimos.